verso. Esa pálida estrella que tentados estamos de definir con el poeta

Triste lágrima de plata del manto de la noche,

y á la cual podría preguntarse también :

¿ Dónde vas tan hermosa á la hora del silencio,
Al caer como perla en el seno profundo de las aguas ?

ese fugitivo meteoro acaba de transportarnos en pleno cosmos, á ese laboratorio infinito en que se decide de los destinos de los mundos. Nada se crea, nada se pierde. El átomo imperceptible que atraviesa el éter y que sólo resulta perceptible para nosotros á favor de su encuentro con nuestra atmósfera, procede de las edades más remotas de la historia del universo y en lo porvenir ha de encontrar siempre mundos eternamente nuevos. ¡ Eternidad ! ¡ Infinito ! ¿ Acaso nuestras almas que piensan no son las estrellas errantes de un cielo espiritual que atravesamos sin conocerle ; acaso no vibran bajo sus leyes misteriosas ; acaso no viven de deseos y de esperanzas, de alegrías y de penas, brillando un instante, en el momento de nuestra conjunción material, para entrar luego en la inmensidad que todo lo absorbe ? Cada segundo nace y muere un ser humano. Otras tantas estrellas errantes. Átomos, nadas... Pero, para nosotros, esos nadas son el todo.

EL MISTERIO DE LA CREACIÓN

Regresaba yo de Douvres á Calais, acompañado de mi amigo Desfontaines, el autor del poema *Éros* que todo el mundo ha leído el pasado invierno. El mar estaba tranquilo, como un lago, y sobre nuestras cabezas extendíase el cielo azul ligeramente manchado por algunas nubes. Paseando por el puente, departíamos sobre materias científicas y filosóficas, cuando al fijar la vista en el horizonte, donde se dibujaba ya la silueta de la costa y de la ciudad, exclamó mi amigo como si respondiese á sus propios pensamientos :

— ¡ Oh ! ese Calais... desde la marcha de mi tío no he vuelto á visitarlo, y su recuerdo me es doblemente querido.

— Ahora que recuerdo, — repliqué — nunca me ha referido usted esa historia de Calais, á la cual sin embargo ha aludido muchas veces. Me parece que debe haber en ella para usted, algo más que un recuerdo filosófico, — añadí viendo que sus ojos se habían humedecido.

— Un doble recuerdo, — repuso ; — el de mi tío con su singular teoría de la creación, y... el de *ella*, que se había llevado mi corazón.

— Veamos, — continué ; — tenemos aún media hora

larga de viaje; ¿qué mejor empleo para ese tiempo que el que podemos darle, usted reviviendo sucesos pasados y yo escuchándole?

Nos sentamos en la proa del buque que hendía el agua dulcemente, y mi amigo comenzó como sigue su relato.

*
* *

— El suceso de que voy á hablar á usted, data de lejana fecha. ¡Pasa el tiempo tan ligero!

Era una tarde de verano por el estilo de la de ayer, excitante, tempestuosa, eléctrica.

Burlando como por capricho la vigilancia de su austera familia, ella, la deliciosa criatura, había llegado para pasar una noche entera en Calais, afrontando, á cambio de esas rápidas horas, las molestias y aun peligros de una doble travesía bajo un cielo tempestuoso y amenazador. Sin duda yo debí sustraerme á la atracción de su belleza naciente y no fomentar el irreflexivo deseo de una naturaleza ardorosa. Pero, al dejarla, aquella última noche que pasé en Londres, experimenté tan profunda pena en el fondo de mi corazón, que nuestra despedida no podía ser real: estrechando su mano entre las mías, sentí como si un lazo indisoluble ligase á todo mi ser aquella mano pequeñita. Yo habitaba en Calais durante las vacaciones, y (¡oh temeridad del amor!) el anuncio de su visita no sorprendió lo más mínimo mi imaginación identificada con la suya desde mi regreso por una fuerza tan enérgica como misteriosa. Sugestión, dirá usted; ¡quién sabe!

¡Oh noches encantadoras! ¿por qué pasáis tan ve-

loces? ¿No dejáis acaso en nosotros más pena que alegría? ¿por qué nuestra alma, ansiosa de infinito, se muestra insaciable, y por qué el vacío de la ausencia es tan profundo cuando las horas de voluptuosidad pasaron como un relámpago?...

Desfontaines dejaba que su mirada vagase por el mar y parecía hallarse recitando un monólogo.

— ¡Cuánto lirismo! — le dije: — ¡cómo se vé que es usted poeta!

— Al día siguiente, — continuó, — desde lo alto del faro seguí con mirada ansiosa la marcha del buque que conducía al redil á la oveja por un instante descarriada en tierra extraña; cuando me retiraba, me crucé en el vestíbulo con mi venerable tío, el conde de Boë, á quien había dejado la noche antes pretextando un viaje á París, y que llegaba al faro para ensayar el alcance de un nuevo anteojo marítimo. Jamás había yo engañado la paternal afección de aquel hombre y sin duda por eso el rubor coloreó hasta mis orejas al verme cogido como en una trampa por aquel encuentro inesperado. Él sabía perfectamente que yo habitaba á veces, solo, un pabellón apartado de su casa, situado en el centro de la ciudad, no lejos del antiguo palacio del duque de Guisa: ¿por qué pues se me ocurrió pretextar inútilmente aquel viaje?

— ¡Cómo! — exclamó, — ¿no has ido á París?

Y viendo mi actitud de embarazo, de la que no hacía nada por salir,

— Tú estas enamorado, querido sobrino, — añadió sonriendo: — ¡Qué demonio! apruebo tu conducta; eso es lo único que hay de verdad... y aún!...

— ¡Ah! tío! — repuse, saliendo súbitamente de mi mutismo.

Y saltando á su cuello, le besé ruidosamente en ambas mejillas.

— Hueles bien, — me dijo — pero me parece que estás cansado; ¿tendrás fuerza para subir hasta la linterna y ensayar este anteojo en mi compañía?

Pero ahora que recuerdo, querido amigo, me parece que no le he presentado á Vd. aún á mi tío!

*
* *

En ese año de deliciosos recuerdos gozaba yo de todas las ventajas inherentes á mis treinta años, y el conde de Boë había ya alcanzado la cincuentena. Esa diferencia de veinte años entre los dos nos había separado y reunido á la vez. Dotados ambos casi de los mismos gustos, apasionados por iguales estudios, nuestros espíritus habían seguido la misma vía científica. Pero, la superioridad de su edad sobre la mía cuando él cumplió los cuarenta años y yo los veinte, le dió una autoridad moral que subsistía inatacable é incontestada. En realidad no éramos parientes, porque él se había casado con una de mis tías, sí, pero viuda de mi verdadero tío; sin embargo, le gustó desde los primeros días llamarme sobrino, como gustaba de recibir el título de tío.

Un verdadero museo era su habitación de Calais; una torre antigua, bastante espaciosa, que encerraba todas las piezas. En el piso bajo una sala de billar rodeada de fósiles fantásticos de la época secundaria, recogidos en el acantilado de Calais á Boulogne, y de

animales disecados, regalos de algunos navegantes: en el primer piso el salón y el comedor con ventana á un parque no muy extenso; en el segundo los dormitorios, y en el tercero una biblioteca de tres ó cuatro mil volúmenes; además un observatorio desde el que la vista se extendía hasta el mar, dominando la ciudad entera.

Ocupábase con pasión de la ciencia astronómica y á él se deben no pocos descubrimientos telescópicos importantes.

Con frecuencia hablábamos juntos de los grandes problemas de la naturaleza; más á menudo y con mayor intimidad que si nuestros años hubiesen sido los mismos, porque entre nuestros respectivos criterios había cierta diferencia de apreciación que daba interés á las discusiones. Había él adquirido la costumbre de tutearme afectuosamente, tal vez á causa de su origen, pues era de Amberes. Desde la muerte de su esposa, ocurrida diez años antes, vivió retirado, absolutamente solo: tanto que en Calais le llamaban el solitario de la torre.

Era bueno hasta dejarlo de sobra, de indulgencia absoluta para todas las humanas debilidades, con algunas restricciones, sin embargo, porque su alma noble y honrada experimentaba verdadero sentimiento de odio y de desprecio por los hipócritas y los ambiciosos que saben explotar á los hombres en provecho de sus personales intereses: ambas categorías de seres se le antojaban una especie de llaga contagiosa en el cuerpo social, de la que había procurado guardarse siempre como de la sarna. Sin orgullo y sin modestia, vivía con sencillez, consagrado por completo al estudio de

las ciencias exactas. Su título de conde era para todos desconocido; jamás se le vieron escudos nobiliarios ni condecoraciones, y vivió siempre alejado de todas las asambleas políticas, no obstante los diversos cambios de régimen á que le fué dado asistir.

La tarde de ese día inolvidable, — inolvidable por todas mis sensaciones, — yo deseaba alcanzar el perdón de mi necio subterfugio al precio de un reproche ó de una crítica; pero mis esperanzas se vieron desvanecidas: ni la más ligera alusión á mi ausencia. Tuve que decidirme á romper el fuego.

*
* *

— Esta mañana, tío, me ha dado usted un disgusto.

— ¡Hombre! ya veo que no has perdido el buen humor. ¿De modo que según tú, soy yo el culpable?

— Sí: usted me ha dicho: ¡Y aún!...

— Y aún... ¿qué?

— Recuerdo perfectamente sus palabras: usted me dijo así: « Nada hay verdadero más que el amor, y aún!... » y al decir eso tenía usted un aire de indiferencia, de escepticismo, que... Veamos tío, usted no está aún en edad de desdeñarlo todo.

— ¡Oh! — repuso, — tema es ese de conversación que hemos entablado muchas veces y que no hemos apurado nunca, porque...

Aquí el conde de Boë se detuvo, mirándome con fijeza.

— ¿Por qué? — pregunté tímidamente.

— Porque es demasiado serio para tu edad. Si

quieres hablaremos de esto de aquí á unos cuantos años.

Fué entonces cuando comprendí que las palabras *y aún* tenían en sus frases mayor importancia que las demás y que expresaban, como yo sospeché más de una vez, todo el fondo de su filosofía.

Porque, si se trataba de conocimientos adquiridos en una cualquiera de las ramas del saber humano, no era extraño oirle añadir esas dos palabras á modo de reflexión definitiva. Decía, por ejemplo:

« La astronomía es la primera de las ciencias; es la sola que nos enseña lo que es el Universo, que nos muestra en dónde estamos... ¡Y aún! »

« El hombre no es más que un animal perfeccionado... ¡Y aún! »

Ó bien máximas por el estilo de estas:

« El patriotismo es la primera virtud de un pueblo... ¡Y aún!... »

« Hacen mal los orientales de erigir en derecho la poligamia... ¡Y aún!... »

Hasta entonces yo había tomado esta locución por una simple sonrisa de escepticismo, como si hubiera sencillamente añadido al modo del lazzarone napolitano: *Chi lo sá?* Pero la entonación de su voz, la gravedad de su mirada fija en la mía, y quizás más que nada el absoluto contraste entre el dulce cántico de amores que se desarrollaba en mi corazón, entre la fresca sensación de las caricias aún palpitantes en todo mi ser y la solemnidad de la respuesta que acababa de oír, todo esto me chocó tanto, que añadí en seguida, si bien con cierta tristeza:

— Puedo asegurar á usted, querido tío, que nunca

me he encontrado tan bien dispuesto como esta noche para una conversación formal.

— Bueno; pues ya que lo deseas, — repuso él, — voy al momento á hacerte mi profesión de fé. La cosa no será larga... ¡Y aún!... casi es demasiado.

Luego me escanció un vaso de champagne contenido en botella helada y comenzó á hablar.

*
* *

« ¡Cuán hermoso es el cielo cuando está enteramente puro! ¡qué azul tan intenso! ¡qué limpidez! ¡qué transparencia! ¡qué espléndida calma!

« Pero una corriente helada, un enfriamiento ligerísimo, una nada que llegue á pasar á través de esa atmósfera transparente, y al punto el vapor de agua que la misma contiene se hace visible y forma una nube; nada hay más de lo que había antes; sólo la temperatura ha cambiado. En lugar del cielo puro, sin límites, inmenso como el infinito, nos encontramos con las nubes.

« ¿Sabes tú lo que es la creación? Un nublado, una nebulosidad, un desorden pasajero en el esplendor eterno de Dios.

« No hay observación científica alguna que permita afirmar que la creación ha existido siempre y que siempre ha de existir.

« Por el contrario, todo nos induce á pensar que ha lenido un comienzo y que tendrá asimismo un fin.

« Tierras, aguas, nubes, praderas, bosques, paisajes, tuna, estrellas, planetas, soles, todo cuanto vemos en el Universo no es más que un estado excepcional,

transitorio, emanación de un estado superior; es decir, una anormalidad, un trastorno, como la nube en medio de un cielo que habría podido permanecer eternamente azulado.

« Cuantos cuerpos vemos y tocamos, formados están de átomos invisibles é intangibles. El Universo visible sólo es la pasajera apariencia de un estado en el Universo invisible, infinito, eterno.

« El planeta ha producido minerales, plantas, flores, árboles, insectos, seres. El gradual y progresivo desenvolvimiento de la vida terrestre ha hecho nacer el género humano. Los hombres viven, piensan, se mueven, estudian, analizan, investigan las causas, aprecian la naturaleza, procuran basar en la lógica, en la razón, todo cuanto ven: pero nada hay de más ni de menos, lo mismo si los hombres edifican hipótesis que si permanecen inactivos. Pensad ó no pensad; amad ó aborreced; vivid ó morid; sed inteligentes ó estúpidos, buenos ó malos, hermosos ó feos, jóvenes ó ancianos; agitaos en la plaza pública ó dormid bajo la hierba del cementerio; todo eso es igual; todo eso no importa nada. La creación no habrá durado más que un momento en la eternidad sin principio y sin fin. Un tiempo fué en que el cielo era puro, *en que no había en él nada;* vendrá el momento *en que nada quede.* Hoy mismo tampoco hay nada; no hay más que una apariencia, una nebulosidad, un trastorno en el azul divino, que habría podido permanecer inmaculado.

« Es inútil investigar: la creación habría podido no ser. También habría podido ser de otro modo. No os atormentéis, no sois nada más que un trastorno pasajero. Vapor formado en el eterno azul por un soplo

del destino. Burbuja que se deshace. Menos aún.

« Y el destino, Dios, eso es lo inconcebible.

« He ahí por qué falta lógica en las cosas; por qué todo es extraño é incoherente; por qué pierden las madres á sus hijos; por qué hay huérfanos; por qué se dió fiestas Felipe II sentado en su trono, quemando herejes; por qué la fuerza bruta domina el derecho de la conciencia; por qué gimen en la miseria el inocente y el virtuoso; por qué ha habido necesidad de inventar el diablo; por qué se ven tantas injusticias, bajezas é inutilidades; por qué tenemos dolor de muelas; por qué el militarismo domina el mundo. Esto no es ni siquiera absurdo; es insignificante, esto *carece de sentido.* »

*
* *

Así habló el astrónomo solitario, con tal sentimiento de absoluta convicción, que parecía no admitir la menor réplica. La novedad, la valentía de la hipótesis me produjeron el mismo efecto que un martillazo que hubiese hecho estremecerse á mi cerebro dentro del cráneo. La idea de que el actual estado de cosas no tiene sentido, ni objeto, ni valor alguno, me pareció tan desagradable como insostenible; pero la de que este estado de cosas puede ser un accidente, un error, una anormalidad en el cielo eterno, puro y vacío antes como después de la duración del accidente, y que antes de esta creación no había nada y que nada habrá después, y que lo que dure esta creación habrá pasado como un sueño en el vacío absoluto, esa, revolvió hasta el fondo de mi alma. Y sin embargo, no encontré

objeción científica alguna medianamente seria que oponer á tamaña temeridad.

— Entonces, — dije por fin — no ha habido nada, no hay nada, ni quedará nada; porque, en fin, una vez deshecha esta anormalidad, esta nube que hoy formamos, el ojo más perspicaz no verá nada habiendo cesado la condensación de los átomos cósmicos y vuelto la transparencia absoluta. ¡ Nada!... — repetía yo. — ¿ Es admisible la existencia de la nada ?

— Pero es que, — me replicó el astrónomo, — esa nada es todo. No juzgues con los ojos del cuerpo; mira con los del espíritu. Si en lugar de nuestros ojos la naturaleza nos hubiese dotado de órganos distintos, no accesibles á los rayos luminosos pero sí á otras impresiones, tendríamos del Universo una idea completamente distinta de la que tenemos. No creas ni en el testimonio de tus ojos, ni en el de tus manos.

El Universo visible está, en este mismo momento, formado única y exclusivamente de elementos invisibles, imponderables en sí mismos, intangibles. No hay más que fuerzas inmateriales. La materia es una palabra.

— De modo que nosotros...

— Nosotros somos pura y simplemente espíritus; substancias divinas.

Ignoro por qué al escuchar esta definición de mi tío, la imagen de mi encantadora amiga se levantó de súbito en mi pensamiento. Me pareció que sus pupilas acariciadoras deteníanse dulcemente en las mías y que su boca breve se entreabría apenas para mostrarme aquellos dientes incrustados en rosa. « Substancia divina... — pensé — ¡ oh, sí ! sin embargo... »

Sin duda fugitiva sonrisa debió contraer mis labios.

— Seguro estoy — añadió el filósofo — de que aún te imaginas que es tu cuerpo el que goza ó el que sufre, el que experimenta las impresiones agradables ó desagradables.

— Á mí me parece, tío...

— Sí, á ti te parece, cuando bebes ese vaso de champagne y comes esos melocotones, que tu paladar se regala; cuando te pisan, que te duele el pie; cuando oyes, como la otra noche en Londres, la serenata de *Severo Torelli*, que tu oído se recrea... Á ti te parece todo eso... Pues bien, no: no es así como gozamos. Que nos corten el nervio que transmite al cerebro, á la glándula pineal, las impresiones que parten de un punto cualquiera de nuestro cuerpo, de los pies, de las manos, ó de otro, y no sentiremos absolutamente nada; los melocotones no tendrán sabor, las flores carecerán de perfume, la música quedará silenciosa, invisible el sol, sin caricias las manos, y tú mismo podrás bañar tus pies en la lumbre del brasero sin sentir el más leve dolor. Pero ni aún eso; basta con anestesiar el cerebro por una simple sugestión, para que cambien de carácter instantáneamente todas las impresiones; tomarás áloe creyendo comer fresas. Es el espíritu, solo el espíritu el que siente. Acuérdate de tus sueños; en sueños hablas, oyes, ves y tocas, y sin embargo no hay nada de eso.

« La creación es un sueño. »

*
* *

En este momento se dejó oir la esquila de la antigua torre, y también en la campana del atalaya diez golpes sonaron lentamente.

— He ahí la imagen de la naturaleza, — añadió el conde, — un rumor que se desvanece, un canto que pasa, un sonido efímero en el silencio eterno. Cuando la humanidad terrestre haya terminado su zambra de armonía dudosa, ya no quedará nada. Glorias, triunfos, trompetas de la historia de los pueblos, todo habrá enmudecido para hacer plaza al silencio primordial.

— Según eso, — repuse levantándome de la mesa para dar mi acostumbrado paseo de la tarde por la orilla del mar, — la filosofía de usted se resume en pensar que la creación de que formamos parte es un estado de anormalidad efímera en el eterno Nirvana; que no hay ni objeto, ni razón, ni lógica en la naturaleza, y que los sabios pierden su tiempo buscando la explicación de un enigma que no lo es y que carece de sentido ».

*
* *

El mar en calma extendíase como un espejo bajo el cielo soberbiamente estrellado. Al llegar al muelle encontré á nuestro antiguo camarada Spero que tomaba el vapor de noche para Douvres. Al día siguiente corría en busca de mi bien amada.

« Te amaré siempre, siempre, me dijo en cuanto nos quedamos un momento á solas; la eternidad no será bastante larga para probarte mi amor. »

Había yo casi olvidado el discurso de mi tío; pero acentuó ella de tal modo la palabra *siempre*, que de

pronto las ideas de la víspera se agolparon á mi imaginación.

— ¡ Siempre ! —le dije, estrechándola en mis brazos : — ¿no será eso un poco largo ?

— No, para mí ; ¿acaso no cree usted que dos seres puedan amarse siempre ?

— Es que nosotros no viviremos siempre.

— ¡ Ah ! ¿usted cree en la muerte ? yo, por mi parte *no creo en ella.* »

*
* *

¡Ay de mí! como usted sabe muy bien, la pobre niña murió pocos días después, determinando su último sueño el enorme ramo de flores que copiaba, y que dejó una noche en el interior de su precioso cuarto.

*
* *

Ahí tiene usted, amigo mío, — añadió Desfontaines, — toda mi historia de Calais. Durante largo tiempo mi pensamiento flotó entre la deliciosa imagen de la encantadora muchacha que parecía ser el símbolo de la vida eterna, y la filosofía del conde de Boë simbolizadora por el contrario de la nada absoluta. Aquélla no quería, no podía creer en la muerte ; yo me imagino que sigue viviendo y que he de volver á verla. Ahora me parece que la creación no es una anormalidad, pero sí una armonía de la que sólo nos es dado oir algunas notas sueltas que no comprendemos. Tal vez el amor vé más justo y más lejos que la razón : sin

embargo, no me arrepiento de haber contado á usted la teoría del astrónomo de Calais ; es, me parece, original y digna de discusión.

*
* *

Y yo á mi vez, caros lectores, reproduzco esa historia á título de excursión por los dominios inexplorados del gran misterio cosmográfico. Sería curioso admitir que no existe nada, á no ser la visibilidad de lo invisible. Pero yo comparto la opinión de mi compañero de viaje, y me gusta pensar que la creación es real, lógica, racional, viva, armoniosa, eterna en el pasado como en lo porvenir.